

quitar en París. Prolongó, pues, su estancia algunas semanas, trabajó, y en el mes de Noviembre volvió á presentarse á exámenes en Marsella. Esta vez, él, que en París, donde las clases son más severas, había obtenido el segundo lugar, no pasó siquiera de la primera prueba. Decididamente, era una fatalidad: no sería nunca bachiller. A su regreso á París no volvió al liceo. Estamos en 1859. Zola tenía veinte años menos cuatro meses. Y sin haber pasado como los otros por la puerta ancha que, según dicen, conduce á todo, se encontraba ahora delante de la vida, en frente de las terribles realidades.

IV

Los primeros pasos en la vida

Sin fortuna, habiendo perdido la quimérica esperanza de sacar por medio de los pleitos una fortuna de la obra de su padre, obligado á ganarse inmediatamente el pan, ¿qué iba á hacer Emilio Zola?

Este fué el problema que se le presentó en seguida.

Las primeras semanas, después de la salida del colegio, están llenas de encanto para los hijos

de las familias ricas, sin más preocupación que la de elegir carrera.—«¡Oh! ¡no tenemos prisa! ¡Nos sobra tiempo para pensar en cosas serias! Ahora divirtámonos. Bastante han trabajado nuestros padres, y ahí está nuestra familia para mantenernos en la alegría y la pureza.»—Zola no podía decir más que esto: «¿Cómo voy á comer mañana?»

¡Comer, pagar la casa y vestirse! ¡Si siquiera supiese un oficio manual! Sus apuros y su desaliento fueron tales, que estuvo á punto de entrar en una imprenta para aprender el oficio de tipógrafo.

Algunas semanas después, á principios de 1860, el mismo M. Labot, que le había hecho obtener una beca en el liceo, le proporcionó una colocación. ¡Pero qué colocación! Sesenta francos por mes, en un empleo infimo, en los Doks, calle de la Aduana. Ni siquiera para vivir y sin esperanza de aumento. Zola, desalentado, abandonó los Doks al cabo de dos meses.

Y todo el resto del año 1860, todo el año 1861 y los tres primeros meses de 1862, los pasó abandonado en el arroyo de París, sin posición, sin recursos, sin hacer nada, sin tener delante ningún porvenir. Dos años enteros de bohemia. Una vida de miseria, de préstamos solicitados con el rubor en la frente, de deudas contraídas por la fuerza de la necesidad. Una vida de azar, de empeños en el Monte de Piedad y de muebles entregados para satisfacer las deudas. En fin, uno de esos períodos sombríos que no pueden recordar sin estremecerse los que los han atravesado.

Sin embargo, no conviene entenebrecer el cuadro. La juventud, la vida libre, la ambición literaria, llevan consigo todo un mundo de ilusiones, de grandes alegrías por pequeñas causas. Nunca fué la miseria odiosa sin esperanza. Cuando Zola se transporta á aquellos dos años, tiembla el goloso al recordar las comidas hechas con pan y queso de Italia; pero también suele suspirar por aquella miseria tan llena de grandes ilusiones. Aunque sus primeros pasos fueron difíciles, no por eso deja de acordarse con dulzura, como todo el mundo, de sus veinte años. En aquel tiempo no hacía más que versos.

Escribía más que nunca á sus dos camaradas provenzales cartas en las cuales refería sus sueños, su vida, sus sensaciones y el engrandecimiento de su horizonte literario y filosófico. No veía entonces en la literatura una profesión. Algunas estrofas suyas ó una página de prosa impresas en no sé qué periodiquito de provincias le impedían dormir toda una noche, empleada en leerlas y releerlas. Ver su nombre en lo alto de una de esas cubiertas amarillas, encarnadas ó verdes, colocadas en los escaparates de las librerías, le parecía un sueño tan lejano, tan quimérico, tan irrealizable como obtener la mano de una princesa real que lo elevase de repente hasta el trono. Pero si ni remotamente siquiera sospechaba entonces que viviría un día de la literatura, ya la amaba instintivamente por sí misma, con pasión verdadera. Era su única compañera en aquel tiempo, pues vivía solo, sin amigos, sin mujeres, sin poner los pies en los cafés ni en las cer-

vecerías y sin tener relaciones de ninguna clase con el mundo literario. Sus recursos no le permitían leer los periódicos sino alguna que otra vez, y todavía lo hacía con la candidez de un muchacho que viviese en una aldea perdida en los Bajos Alpes. Su gran ocupación de entonces, su único placer era pasar los días enteros discurriendo á lo largo de los muelles, haciendo interminables estaciones delante de los puestos de libros, devorando toda clase de impresos en aquellos gabinetes de lectura gratuitos y al aire libre. ¡Iba mal vestido! Ciertó paletó sobre todo, un paletó verdoso, brillante por los hombros, fué durante largo tiempo su desesperación.

Yo no lo conocía en aquel tiempo. Pero cuántas veces, diez años después, en plena lucha literaria, y aun más tarde, en la hora del éxito, le he oído recordar aquellos días lejanos.—«No tenía un cuarto—me decía aún últimamente,—no sabía lo que sería de mí, y sin embargo, ¡qué hermoso tiempo!... ¡Ah! ¡La juventud! ¡Los primeros entusiasmos literarios! ¡Cuando había leído bastante en los muelles ó volvía de algún paseo lejano, de las orillas del Bièvre ó de la llanura de Ivry, entraba en casa, comía mis tres sueldos de patatas y trabajaba!... Hacía versos, escribía mis primeros cuentos, era feliz... ¿Fuego? No había que pensar en él; la leña era demasiado cara. En los días de abundancia solamente, algunas pipas de tabaco y sobre todo una bujía de tres sueldos... ¡Oh! ¿Una bujía de tres sueldos equivalía á toda una noche de literatura!»

Hoy no trabaja por la noche y ya no hace

versos. Y si tiene siempre en casa excelentes cigarrillos, es para los demás: él ha tenido que abstenerse de fumar.

He aquí ahora las diversas habitaciones que ocupó en aquella época y los recuerdos evocados por cada una de ellas. Lo hemos dejado en el número 63 de la calle de Monsieur-le-Prince, en su primera vivienda de París, donde habitó con su madre, desde Febrero de 1858, fecha de su llegada á Provenza, hasta Enero de 1859, época en que seguía los cursos del liceo San Luis, estudiando retórica como externo. Después, desde Enero de 1859 á Abril de 1860, vivió en la calle de Saint-Jacques, núm. 241. Allí, por consiguiente, concluyó de estudiar la retórica, en las vacaciones, último viaje á Aix; doble fracaso en el bachillerato; entrada en la vida difícil; dos meses de empleado infimo en los Doks.

De la calle de Saint-Jacques pasó Zola al número 35 de la calle de Saint-Victor. Allí habitó seis meses, de Abril á Octubre de 1860, no en el sexto piso, sino en una construcción ligera, levantada encima de aquel, por consiguiente en un verdadero séptimo. Delante del cuarto había una gran terraza, desde donde se veía todo París. Cézanne había llegado de Provenza para aprender la pintura. Los dos amigos tendían sobre la terraza un gran jergón, donde pasaban muchas noches de verano hablando de pintura y de literatura bajo las estrellas. Algunas veces, para ver mejor aquel París que trataban de conquistar, subían por una escala é iban á sentarse sobre el techo del séptimo. En aquella habitación escribió

El carnet de bañe, uno de los primeros *Cuentos á Ninón*, y un gran poema á lo Musset: *Paolo*. El año anterior, en

Aix, entre los dos exámenes infructuosos del bachillerato, el candidato desgraciado se había consolado componiendo un primer poema: *Rodolfo*. Más joven aún había escrito sobre los bancos del Liceo San Luis: *El hada amorosa*, el más antiguo de sus cuentos. De Octubre de 1860 á Abril de 1861,



ZOLA SALUDANDO Á BALZAC
Caricatura de A. Gill

Zola vivió en la calle Neuve-Saint-Etienne-du-Mont, solo por primera vez: su madre vivía entonces en una pensión burguesa. El cuarto que ocupaba era una especie de jaula de cristales, colocada sobre el techo, y que, según decían en la casa, había sido habitada por Bernardino de Saint-Pierre. Compuso allí un tercer poema, *La Aérea*, título que se hubiera creído inspirado por aquella habitación, en que todos los vientos del cielo corrían libremente de una ventana á otra. ¡Ni tenía fuego, ni siquiera chimenea! Son las nueve de la

mañana en invierno; afuera se siente un frío terrible, cae la nieve, sopla un viento glacial y la escarcha empaña los cristales. Un joven tirita en su lecho, y con todas las ropas que posee, amontonadas sobre las piernas, y la nariz y los dedos enrojecidos, escribe con un lápiz. ¿Qué escribe? Renglones cortos, ¡versos! ¡Aquel hombre es hoy el autor de *L'Assommoir*! Pasó el invierno. Durante los primeros días primaverales, los paseos al sol en el Jardín de Plantas, que estaba á dos pasos, le causaron sensaciones deliciosas.

El sol, desgraciadamente, no pone dinero en el viejo portamonedas vacío. La miseria aumenta. De su aérea y poética azotea, digo poética para agrandar á la sombra del autor de *Pablo y Virginia*, Zola se traslada al núm. 11 de la calle Soufflot, á una casa hoy demolida, donde había entonces habitaciones amuebladas, miserables y sucias. Los huéspedes eran, en su mayoría, estudiantes y muchachas alegres. Los cuartos estaban separados solamente por delgados tabiques. Ya se supondrá lo que nuestro joven poeta oía á través de ellos; destapar de botellas, besos, suspiros y lo demás. De repente, en medio de la noche, gritos desgarradores de mujeres le despertaban sobresaltado. Se hubiera dicho que aquel ruido era producido por cinco ó seis asesinatos cometidos al mismo tiempo. No era más que una bñtida; los agentes de la higiene hacían una *cuerda*. Allí, en medio de aquella atmósfera de desorden y de vicio, durante un año, de Abril de 1861 á Abril de 1862, durante los ocho primeros meses sobre todo, Emilio Zola vivió una vida espantosa. Conoció allí

toda clase de privaciones. He aquí cuáles eran sus comidas: pan y café; ó bien pan y dos sueldos de queso de Italia, ó pan y dos sueldos de patatas. ¡Algunas veces nada más que pan! ¡Otras, ni siquiera eso! Sus ropas iban á parar, unas después de otras, al Monte de Piedad. Y sucediale que, cuando había hecho empeñar la última prenda, veíase obligado á pasar tres ó cuatro días en casa sin poder salir, envuelto en las mantas de su lecho: lo que él llamaba pintorescamente «hacer el árabe.» Una vez, habiendo corrido en vano todo el barrio en busca de dinero para comer, y, es preciso decirlo todo, teniendo entonces consigo una mujer—un amorio de algunas semanas,—¿qué hace el futuro propietario de Medan? Se quita el paletó y se lo entrega á la mujer: «¡Lleva eso al Monte de Piedad!» Y entra en casa en mangas de camisa, con un frío de varios grados bajo cero.

A pesar de tanta miseria, Zola no atravesó nunca época más serena ni más feliz intelectualmente. La vida tiene compensaciones como ésta. Una magnífica indiferencia lo hacía insensible á los sufrimientos materiales. Nutria mal su cuerpo, pero su espíritu, desenvuelto por la lectura y el razonamiento, doblegado ya por la gimnasia del trabajo cotidiano, comenzaba á ver claro en él. Fijo desde ahora en su vocación literaria, no sintiéndose con valor para abrazar otra carrera, se hace cargo de que, reuniendo sus tres poemas, puede formar un primer volumen, un volumen de versos. ¡*Rodolfo* era el infierno, el infierno del amor! ¡*La Aérea*, el purgatorio! ¡*Paolo*, el cielo! Los tres poemas formaban, pues, un todo completo,

una especie de ciclo poético, al cual dió un título general: *La comedia amorosa*. No había más que encontrar un editor. ¿Lo buscó realmente? Timido, como era, viviendo fuera del mundo literario, se contentó, según creo, con soñarlo. Por otra parte, tenía ya esa tendencia de los grandes productores, á no conceder mucha importancia á la obra hecha y á preocuparse solamente de la obra futura.

Terminada la *Comedia amorosa*, habíala abandonado en el fondo de un cajón, y no pensaba más que en *El Génesis*, otra gran trilogía poética, mucho más elevada, mucho más vasta, que debía comprender tres poemas científicos y filosóficos. El primero de estos poemas hubiera cantado «el Nacimiento del mundo», según las últimas teorías de la ciencia moderna. El segundo presentaba un cuadro completo de «la Humanidad», una especie de síntesis de la historia universal desde los principios del hombre hasta el desenvolvimiento de nuestra civilización contemporánea. En fin, el tercero y último, el más sublime, una especie de resultante lógica de los otros dos, hubiera cantado al hombre, elevándose cada vez más en la escala de los seres, «el Hombre del porvenir», el Hombre delante Dios. No admiraré á nadie revelando aquí que el joven poeta, de planes tan audaces, no escribió del *Génesis* más que... los ocho primeros versos.

Toda una vida, un trabajo de benedictino, una inspiración poética extraordinaria, alimentada por una universalidad de conocimientos hubieran sido necesarios para semejante obra. Y además, ¿era

factible una tarea tan heroicamente sintética en nuestro siglo de transición y de análisis, en que los grandes inventos de consecuencias todavía desconocidas se multiplican, en que el progreso marcha por saltos y la verdad de ayer por la noche no es la de hoy por la mañana? Sin embargo, yo encuentro interesante á aquel muchacho de veintiún años que no tiene pan y que se sumerge en los libros científicos, que lee á Lucrecio y á Montaigne y que antes de haber vivido proyecta demostrar dónde está la vida de la humanidad. Más tarde, cuando el joven soñador se haya convertido en un hombre práctico, le quedará algo de esta tendencia á hacer cosas grandes, y, novelista, no escribirá novelas aisladas, sino la *Historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio*.

Hacia fines de este año cruel (1861) fué cuando, provisto de una recomendación de M. Boudet, miembro de la Academia de medicina, se presentó Zola en casa del editor Hachette.

Desgraciadamente no había colocación vacante en aquel momento, y M. Hachette no pudo admitirlo como empleado sino algunas semanas más tarde. Entre tanto, para remediar de algún modo la situación del joven, sin herir su amor propio, M. Boudet le deslizó una pieza de oro en la mano, suplicándole que repartiese sus tarjetas de felicitación del día de año nuevo. ¡Un día de año nuevo bien triste! Entre aquellas tarjetas había algunas destinadas á los padres de sus condiscipulos. Pero, un mes después, en 1862, el repartidor de tarjetas de ocasión entraba en la casa Hachette, en la oficina llamada «del material», con un suel-

do de cien francos al mes. Durante algunas semanas sus funciones se limitaron á «hacer paquetes». Después, subiendo en categoría, entró en la oficina de la publicidad. El pan estaba desde ahora asegurado. Laborioso y discreto por naturaleza, había terminado para siempre con la bohemia: tenía desde ahora una base de vida; estaba salvado.

Pero la vida regular y normal tiene también sus melancolías. En la oficina, cerca de la ventana donde estaba su mesa, el nuevo empleado—ya á los veintidós años atacado de hipocondría—tenía que vencer tristezas completamente nuevas. ¡No ser libre! ¡Trabajar forzosamente todos los días á las mismas horas! Una voz secreta le decía: «¡Estabas más alegre y eras más feliz cuando no tenías un cuarto!»

Tenía que luchar también contra otra tentación: «Todos estos libros que me pasan por las manos no tengo tiempo de leerlos». Un verdadero suplicio para un joven escritor. Pero Zola era ya una voluntad y una fuerza. No solamente cumple con su deber de empleado, sino que por las noches y los domingos durante todo el día trabaja para sí.

A partir de aquel momento, se acabaron los versos. Sea que no se reconozca decididamente poeta, ó que, teniendo un sentido de la vida literaria muy práctico, cree que la prosa es un instrumento más moderno, se dedica á esta última por completo y para siempre. Había escrito ya dos cuentos. *El hada amorosa* y *El billete de baile*. Después escribió otros.

Durante dos años, de 1862 á 1864, hizo así algunas novelas cortas que, reunidas, debían formar su primer volumen.

Además de que sus funciones de empleado le ocupaban la mayor parte del tiempo, trabajaba muy lentamente al principio, pues encontraba grandes dificultades, y apenas hacía más de una página cada velada. Hay que notar, sin embargo, que este primer volumen, que no contiene más que en germen la potencia de concepción, á la cual debía elevarse el novelista en lo sucesivo, es de un estilo muy cuidado y maravillosamente equilibrado.

He aquí las diferentes viviendas de Zola durante aquellos dos años. De la terrible casa amueblada de la calle Soufflot se fué á vivir al callejón Saint-Dominique, núm. 7, á una casa hoy derribada. Era un antiguo convento, de largos corredores abovedados, que conservaba algo de la paz de otro tiempo. Había amueblado allí un cuarto de aspecto monacal. La ventana daba sobre un extenso jardín. En aquel cuarto escribió tres de sus cuentos: *La sangre*, *Simplicio* y *Los ladrones y el asno*. En seguida se fué á vivir á la calle de la Pepinière, en Montrouge, á una habitación romántica, cuyas ventanas daban sobre la vasta extensión del cementerio de Montparnasse; allí compuso *Hermana de los pobres* y el más vibrante de sus primeros cuentos: *La que me ama*. Después, á principios del invierno de 1863 á 1864, fué á alojarse á la calle de Feuillantines, núm. 7, también en una casa vieja, donde encontró una gran sala desde la cual se veían los jardines de la Escuela Normal.

No era ya la miseria negra, pero tampoco la fortuna ni siquiera la comodidad. Durante una decena de años tuvo que luchar todavía con las deudas y parlamentar con los usureros: experimentaba faltas de dinero, faltas reales, que conoció bien Balzac, pero que sirven de aguijón á los fuertes y que no detienen más que á los débiles.

No solamente el empleo de la casa Hachette sacó á Zola de la miseria y lo libró de los peligros de la ociosidad y de los compromisos funestos de la bohemia, sino que su verdadera educación literaria y parisién la hizo allí. Debió á sus mismas funciones de jefe de la publicidad toda una iniciación. En relaciones cotidianas con los escritores y con los diarios, adquirió un conocimiento precoz y muy útil de todo el personal del mundo literario. Cuántas veces, aun ahora, cuando le hablo de algún escritor de poca notoriedad que he encontrado en alguna parte, le oigo exclamar: «¿Fulano? lo conocí en otro tiempo en casa de Hachette.» Allí fué donde vió de cerca lo que son los periódicos, y los confundió á todos, semanales ó diarios, noticieros ó doctrinales, republicanos ó monárquicos en un mismo menoscabo. «¡Todos casas de negocios!»

Durante cerca de cuatro años MM. Taine, About, Amedée Achard, Prevost Paradol y otros más, en su calidad de autores de la casa, tuvieron frecuentes relaciones con el joven empleado. Ignoro si por alguna frase apasionada del joven alguno de aquellos escritores presintió el renombre futuro de Emilio Zola. No solamente con los autores célebres, sino con los recién llegados, los princi-

piantes que llevaban un manuscrito, mostróse siempre reservado y no contrajo ninguna nueva amistad. Poco comunicativo, contentóse con sus dos antiguos amigos del Mediodía. Pablo Cézanne acababa de alquilar un estudio en París; Baille, discípulo de la Escuela politécnica, salía dos veces por semana. Los «tres inseparables» realizaban, pues, su antiguo sueño, acariciado bajo los plátanos del patio cuadrado del colegio, y en los grandes paseos, en medio de las colinas peladas: conquistar á París, sin abandonarse, apoyándose mutuamente. Ahora era en el mismo París y sus alrededores donde daban largos paseos los domingos. Y no había que decir: la gran conquista había comenzado. Pablo, el más afortunado de los tres, pero el más inquieto y el más atormentado, los iniciaba



ZOLA POR ANDRÉ GILL
(*Le Courrier Français*)

en sus sueños de pintura. Baille, el más dueño de sí mismo, el más frío, inclinado á la ciencia pura, ambicionaba una elevada posición científica. Participando á la vez de uno y de otro, sirviéndoles de lazo de unión, más completo y más en la vida, Zola era ya un centro. Fué en esta época cuando comenzó á recibir el jueves; recepciones de las cuales volveré á hablar, y cuyo personal ha aumentado, pero cuyo carácter de

intimidad ha permanecido el mismo. Mario Roux, el amigo más antiguo, el de la escuela Isoard, asistía asiduamente. Baille y Pablo Cézanne llevaron á algunos camaradas, entre otros á Antonio Valabrègue, un poeta igualmente llegado de Aix, el mismo que me introdujo en la casa algunos años más tarde. Después, yo mismo introduje á otros. De suerte que todos los amigos de la casa forman como una cadena de amistad no interrumpida. En aquellas primeras recepciones de los jueves no había ciertamente el mismo lujo de licores exóticos que hoy; pero se encontraba la misma taza de té, el mismo apretón de manos afectuoso y la misma amable acogida del que la leyenda representa como un hombre intratable y orgulloso que se pasa la vida adorándose el ombligo y haciéndoselo adorar por una bandada de galopines.

Emilio Zola adquiría poco á poco en la casa Hachette una situación superior á la de un empleado ordinario. Un sábado por la noche, antes de abandonar la librería, se introdujo en el gabinete de M. Hachette y depositó sobre el escritorio un manuscrito de *La comedia amorosa*. ¡Juzgad en medio de qué ansias debió pasar aquel domingo! ¿Cómo recibiría la obra M. Hachette? ¿Iba á decirle el lunes: «Sois un muchacho sublime; os edito? ¿O bien nuestro principiante recibiría un desengaño? El lunes por la mañana Zola llega á la librería y trata de leer su suerte en la frente del viejo editor. ¡Nada! ¡Aquella frente permanece impenetrable! Al fin, un poco antes del medio día, en el momento de salir los empleados para almorzar, M. Hachette lo llama á su gabinete y, favor

desusado, le ruega que se siente. El editor habla con bondad al poeta y lo anima. A partir de aquel día mostró más consideración hacia el joven, se interesó más por él, y no contento con haber aumentado su sueldo á doscientos francos, procuróle de cuando en cuando algunos trabajos suplementarios.

Dos meses más tarde, M. Hachette le pidió un cuento para un periódico de niños que publicaba su librería, y Zola escribió *La hermana de los pobres*. El editor, después de haber leído aquel cuento, hizo entrar otra vez al autor en el famoso gabinete, donde le dijo esta frase singular: «Sois un revolucionario.» El cuento no se publicó por demasiado atrevido. Puede leerse en los *Cuentos á Ninón*.

Al mismo tiempo que desempeñaba su empleo, Zola trabajaba para sí. Por la noche, después de comer, á eso de las ocho y media, se ponía á escribir.

El hábito de un trabajo regular, que siempre ha tenido después, se remonta á 1862. Y, particularidad curiosa, estaba entonces tan acostumbrado á trabajar por la noche, que los domingos por la mañana, cuando quería aprovechar su libertad para dar una plumada, cerraba primero las persianas y encendía una bujía, pues no podía escribir más que en medio de aquella noche voluntaria.

A principios del año 1864, Zola se encontró con que había escrito un volumen de cuentos: primer resultado de su labor cotidiana. Atrevióse entonces á presentarlo á un editor: no á M. Hachette, sino á M. Hetzel. El manuscrito se compo-

nia de los cuentos que ya he enumerado más arriba al hablar de las diferentes habitaciones donde fueron escritos.

Entre estos cuentos los había inéditos y otros habían aparecido en diferentes publicaciones: *El hada amorosa* en Aix, en 1859, en el periódico *La Provenza*; *Simplicio* y *La sangre* en *La revista del mes*, de Lille, en 1863; *La que me ama*, se había publicado en el *Figaro* hebdomadario. ¿Cómo iba M. Hetzel á acoger aquel volumen?

No insisto sobre las emociones del principiante, emociones por las cuales es preciso haber pasado para comprenderlas. Al fin, un día Zola encuentra al entrar en casa dos líneas de M. Hetzel, un simple «Servios pasar mañana por mi casa á tal hora.» Aquí un paseo lleno de hipótesis febriles, en el jardín del Luxemburgo, seguido de una larga noche de insomnio. Al día siguiente, el principiante se escapa de la librería Hachette y corre á casa de M. Hetzel, que le dice: «Vuestro volumen está admitido. He aquí á M. Lacroix que os edita. Va á firmaros un contrato.» El negocio se terminó inmediatamente. ¡Un contrato! ¡Qué feliz es uno cuando firma este primer contrato! ¡Coge uno con orgullo la pluma que tiembla entre los dedos! Algunos momentos después, Zola, sofocado por haber corrido, anunciaba la gran noticia á su madre. Esto sucedía en 1864. El 24 de Octubre aparecieron los *Cuentos á Ninón*, que no voy á juzgar aquí. No hablo más que de hechos.

Publicados los *Cuentos á Ninón*, Emilio Zola continuó durante dieciocho meses su doble existencia empleado por el día en casa del editor

Hachette y dedicando las noches y los domingos á sus trabajos literarios. En 1865 dió algunos artículos al *Petit Journal*, dos ó tres novelas cortas á la *Vida Parisièn*, y en la *Salud pública* de Lyon comenzó á publicar grandes estudios literarios y artísticos, que fueron reunidos más tarde en un volumen bajo el título: *Mis odios*. En fin, en el mismo año 1865 terminó la *Confesión de Claudio*, cuya primera parte había compuesto en 1862, entre dos cuentos. La *Confesión de Claudio* apareció en Octubre de 1865, justamente un año después de los *Cuentos á Ninón*, siendo también publicada por la casa Lacroix. Este segundo volumen le proporcionó algunos derechos de autor, mientras que el primero no le había valido nada.

A fines de este mismo año 1865, el joven autor tomó una grave resolución: Dejar su empleo para consagrarse por completo á la literatura y no vivir desde ahora más que de su pluma. Tenía ya dos volúmenes publicados; comenzaba á colocar aquí y allí algunos trabajos y á gozar de cierta notoriedad. Por otra parte, un empleado de justicia había ido á la casa Hachette á pedir antecedentes sobre el autor de la *Confesión de Claudio*, en la cual había ciertos detalles realistas que habían escandalizado al pudor del Procurador imperial. Zola, en Noviembre creyó deber presentar su dimisión para el 31 de Enero del nuevo año, reservándose así dos largos meses, en los cuales buscaría una colocación en el periodismo.

Así, en seis años, de 1859 á 1865, el que había tenido principios tan difíciles, el que con la

familia arruinada y fracasado en sus estudios se había encontrado un momento en el arroyo de París, sin pan y sin esperanza, por su voluntad, su inteligencia y su trabajo había conseguido salir de la negra miseria. Ahora no tenía más que batirse, pues entraba en pleno campo de batalla.

V

La lucha literaria

Vivir de su pluma, reemplazar los doscientos francos de su empleo que cobraba regularmente cada fin de mes: este era el problema. No había que pensar en el «libro» por el momento; aun llegando á la segunda edición, lo que es muy halagüeño para un principiante, una novela produce poco. No se atrevía siquiera á pensar en el «teatro», más productivo, pues tenía cerradas sus puertas, y para forzarlas se necesitaba mucho tiempo. Quedaba el «periódico». ¿Qué hoja parisién debía elegir?

Desde hacía algunos años al lado del gran periodismo político que relegaba la literatura á la tercera página bajo el epígrafe de «Variedades», entre los hechos diversos y los anuncios, brotaba

uno nuevo llamado «pequeño periodismo», más vivo, más moderno, apropiado á la necesidad de investigación de la época, nutrido, sobre todo, de actualidad, de informaciones de hechos, relegando las teorías políticas á la segunda plana y concediendo más espacio á la literatura. M. de Villemessant, uno de los creadores de este nuevo periodismo, al lado de su *Figaro* hebdomadario, acababa de fundar *L'Evenement*, diario cotidiano á dos sueldos.

Zola había hablado diferentes veces en la casa Hachette con M. Bourdin, yerno de M. de Villemessant. A consecuencia de varias conversaciones con éste sobre las ideas de su suegro, escribió á M. de Villemessant una carta, en la que le proponía hacer con respecto á los libros lo que un redactor especial hacía en *L'Evenement* con los teatros: anunciar las publicaciones nuevas como se anunciaban las obras teatrales, hacer la crítica, recoger anécdotas sobre su composición y sus autores y dar extractos de las obras buenas, proporcionadas con anticipación por los editores. No se hizo esperar la respuesta: en ella se citaba á Zola para el día siguiente. M. de Villemessant lo recibió muy bien, é inmediatamente fué admitido como redactor de prueba.—«Durante un mes todo lo que escribáis se publicará; ¡*L'Evenement* es vuestro! A fin de mes yo sabré si tenéis algo dentro de la cabeza y decidiré de vuestra suerte.» El epígrafe adoptado fué este: «*Libros de hoy y de mañana.*» ¡He ahí un verdadero redactor en jefe! Yo recomiendo su ejemplo á los inteligentes especuladores que veinte años después quieren hacer de